



# ÍNDICE

Obertura.....	13
I. Dolor.....	19
II. Refugio.....	33
III. Misterio.....	49
IV. Familia.....	65
V. Soliloquio.....	81
VI. Laberinto.....	99
VII. Silencio.....	117







Lo anecdótico es el lugar de los  
esclarecimientos súbitos.  
(Carlos Marín-Blázquez, *Fragmentos*)







# OBERTURA







El día 5 de noviembre de 2001 copié en un cuaderno estas palabras de Andrés Trapiello:

Hay que atenerse al principio de que en un diario hay que hablar muy poco de uno mismo y hablar como si se hiciera de otro. Lo más indigesto de la literatura es el yo.

Se ve que ya entonces me impresionaba ese vicio que lastra sin remedio la literatura. Por eso, y como queriendo echar mi cuarto a espadas, tras la cita de Trapiello anoté de puño y letra lo siguiente:

Es decir: el fatal empozamiento en uno mismo.

Era una idea antigua que ya me perseguía desde 1995. Escribí entonces algo que pretendían ser versos. Con orgullo, se los leí a varios amigos que, como



yo, estaban pensando en presentarse a un concurso de poesía. Uno de ellos, hombre de tanta sabiduría como carácter, no quiso ocultar su opinión después de escucharme:

— ¡Eso no es poesía!

Me quedé sorprendido. Era un tipo amable que, entre los de nuestro grupo, fungía como maestro de todos y consejero para lo artístico. ¿Por qué aquella afirmación tan cruda y lacerante?

— Eso no es poesía. ¡No ves que ahí no hay nada universal? Eso son cosas que, en el mejor de los casos, sólo puedes entender tú. Son experiencias tuyas, cosas que te pasan y que, zas, nos arrojas a los demás con palabras indescriptibles y raras...

Es decir –pude pensar entonces–, el fatal empozoamiento en uno mismo. El arte muere cuando se hace desde un pozo. El artista estará cavando, sin duda; pero será su propia fosa.

Tengo más anotaciones sobre la reducción de la literatura al yo. Como resumen de esa tendencia, en febrero de 2018 copié estos versos de William Wordsworth: «Muchas veces en ti he amado / de mi fantasía la propia creación». Yo, yo y yo. Mi fantasía, mi creación. Los demás como instrumento.

Esa idea tan de siempre ha regresado con fuerza hace unas semanas, al leer *Aquiles en el gineceo*, de Javier Gomá. Explicando las tesis de Rousseau, el autor se refiere a un yo al que sólo le queda «recogerse, oír



## Sonata en yo menor

---

su propio corazón y bastarse a sí mismo». Es un yo «por encima del mundo entero, un yo que vale más que todo y que todos», que «sólo sirve a su propio corazón». Otro fatal empozamiento.

¿Y no existirá, sin embargo, otro modo de afrontar la vida y la literatura, las *armas* y las *letras*? ¿Podrá buscarse ese modo más *universal* que mi amigo reclamaba para la poesía? ¿Habrá una forma genuinamente literaria de salir de uno mismo y de acercarse a los demás? ¿Será cierto que las mejores vidas están tocadas en yo menor?

Esa pregunta inquietante no la puede responder el viento, que, a pesar de su prestigio, es más bien mudo. Ese anhelo debe convertirse en música. Tengo que ensayar, pues, mi propio canto. Puede que, si persevero, unas notas al compás del día acaben por componer una sonata, y que a esa melodía sencilla se acabe sumando el lector.

Y que entonces, a cielo abierto, fuera ya del pozo, los dos podamos escuchar el eco de nuestros corazones.

